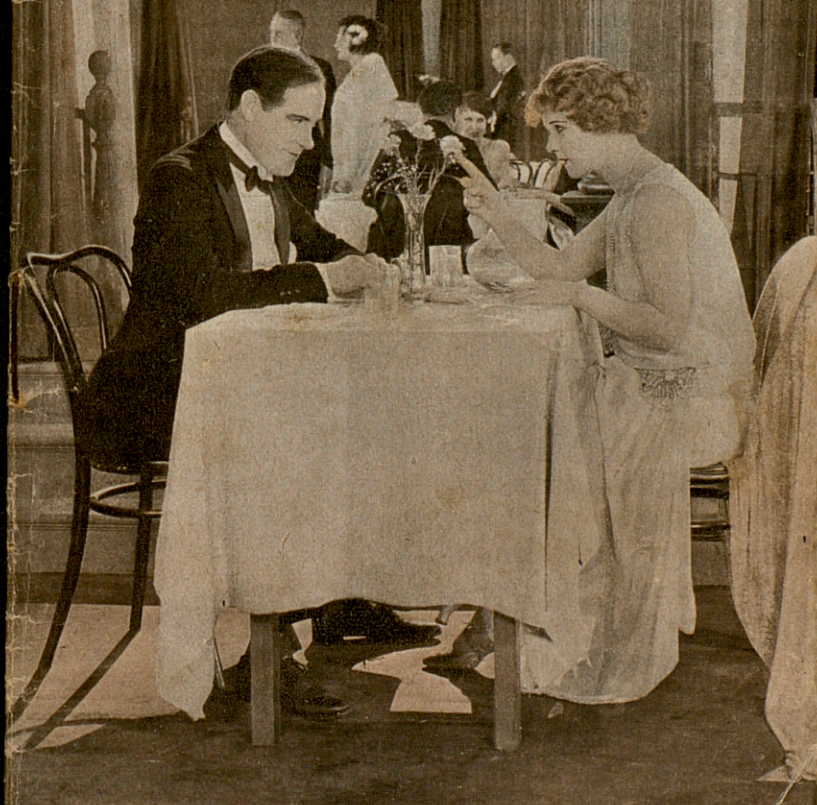


# IDILIO ACCIDENTADO

WANDA HAWLEY

JACK DUFFY



BIBLIOTECA TRÉBOL N.º 13

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.





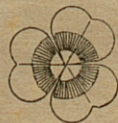
BIBLIOTECA TRÉBOL

# IDILIO ACCIDENTADO

Adaptación literaria de  
la película de igual título,  
interpretada por los famosos artistas

WANDA HAWLEY y JACK DUFFY, T. ROY BAR-  
NES, HARRY MYERS, SILVIA BREMER, TULLY MARSHALL  
por LUIS del RÍO

Exclusiva : PROCINE, S. A.  
Consejo de Ciento, 332 : BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PARÍS, 204 : BARCELONA



## IDILIO ACCIDENTADO

### I

— Buenos días. ¿Está la señorita?

— No, señor. Así que le he visto venir, he ido a preguntarle si estaba visible y me ha contestado que hiciera el favor de decirle a usted que ha salido y que no sabe a qué hora volverá.

Esta conversación tenía lugar ante la puerta de entrada del chalet en que habitaba el juez señor Somers y su encantadora hija Edith, y eran sus protagonistas Jerry Warner, pretendiente de la muchacha, y el criado de la casa.

Jerry Warner era un buen muchacho, que si bien no había inventado la pólvora, ni la máquina para fabricar agujeros en los quesos de Gruyère, tenía un aspecto simpático que a primera vista hacía inclinar a todo el mundo en favor suyo. Si no hubiese sido tan pesado y no hubiese permanecido mañana, tarde y noche pegado a la verja de la casa de su adorada, tal vez el padre hubiese transigido con



él. Pero el señor Somers, hombre recto y juicioso, no quería consentir de ninguna manera aquel noviazgo, y las razones que aducía para tomar tal determinación eran más que fundadas.

— ¿Cómo quieres casarte con un hombre que se pasa las veinticuatro horas del día tras de ti? — decía el señor Somers a Edith cada vez que ésta nombraba a Jerry —. Lo primero que ha de mirar una mujer que quiera casarse, es que su novio sea un hombre activo, trabajador, que tenga capacidad para los negocios. ¡Y ese muchacho es incapaz de ganar un dólar en toda su vida!

Jerry no ignoraba la oposición que el padre de Edith mantenía contra él. Por ello, y seguro de que no era su novia la que rehusaba verle, sino el señor Somers quien pretendía alejarle de allí, metió la mano en el bolsillo, sacó un billete de cinco dólares y dándoselo disimuladamente al criado, le dijo :

— Haga el favor de guardarse eso y de dejarme ir a preguntar a la señorita cuándo piensa volver...

Y como el criado pareciese dudar aún, añadió :

— Además, tengo que ver al señor Somers por asuntos comerciales.

Edith, que escuchaba tras una ventana la conversación, hizo una seña a Jerry así que lo vio :

— ¡No entres! — le dijo — ¡Papá no quiere

que nos veamos! ¡Habla por la ventana!

Pero Jerry debía estar, sin duda, por las realidades prácticas, porque desobedeciendo la súplica de Edith, encaramóse al alféizar y de un salto penetró dentro de la habitación.

El bueno del señor Somers, que en aquel momento estaba despidiendo a Cristóbal Shrewsbury, almacenista de aceites muy amigo suyo, debió percibir algún ruido sospechoso, porque despidiéndose precipitadamente de su visitante irrumpió en el cuarto de su hija, en donde los dos tórtolos estaban arrullándose.

— ¡Diablos! ¿Ha entrado usted por la ventana? — interrogó al encontrarse con Jerry Warner.

— Efectivamente, señor Somers. ¡Después dirá usted que no soy un hombre de provecho!

El juez se rascó la cabeza y continuó diciendo :

— Bueno ; pues ahora mismo me hace usted el favor de largarse con viento fresco, porque no estoy para músicas. ¿Me ha comprendido?

A Jerry no le pareció bien la decisión del que aspiraba fuese su futuro suegro.

— Señor Somers — le dijo —, usted me ha juzgado mal. Yo soy un hombre formal, trabajador y capaz de hacer feliz a su hija... Además, mi tío Bellanny acaba de darme diez mil dólares para que los invierta en el negocio que mejor me parezca...

— ¡Pobre señor! — contestó Somers —.



Ya puede despedirse de ese dinero, porque no volverá a verlo ni en pintura...

— ¿Que no lo volverá a ver? ¡Duplicado, cuadruplicado y decuplicado, dentro de poco tiempo! ¡Ya verá usted los negocios que realizó yo con esa cantidad!

Tanta seguridad reflejaban las palabras de Jerry, que Somers se decidió a poner a prueba al muchacho.

— Voy a hacerle a usted una proposición — le dijo —. Si dentro de un mes conserva todavía ese dinero en su poder, le concederé la mano de mi hija. Ahora, si por el contrario, como mucho me temo, se lo gasta, le advierto que tendrá que mirarse esta casa con un catalejo.

— Esté usted tranquilo, querido futuro suegro, que antes de un mes, esos diez mil dólares se habrán multiplicado como conejos...

Y lleno de alegría, Jerry despidióse de Edith y del señor Somers y se dirigió a su casa, pensando ante todo qué inversión debía dar a los diez mil dólares que providencialmente habían ido a parar a sus dilapidadoras manos.

## II

Contiguo al domicilio de Warner se encontraba la casa en donde vivían Cristóbal Skinner y su linda mujercita Beatriz, una rubia adorable que estaba enamoradísima de su esposo.

El matrimonio Skinner disfrutaba, satisfecho, las delicias de la luna de miel, cuando la aparición del criado, que llevaba un telegrama, vino a interrumpir las exquisitesces de su idilio.

Rasgó Skinner el sobre y al desplegar el parte su semblante palideció de espanto, enrojeció luego de ira y pasó finalmente por todas las variadas tonalidades del arco iris.

Decía así el documento :

« Cristóbal Skinner, Graystone Apartments, Nueva York.

Te has casado con la nieta de mi más encarnizado enemigo. Llegaré mañana. Hotel Metropolitano. Suprímote pensión. Pasa del aire. — TU ABUELO ».

Beatriz, aterrorizada, contempló el papel, miró a su marido y después de un momento



de vacilación optó por dejarse caer encima de un diván.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Cristóbal Shrewsbury. Como hombre de negocios, tenía fama de hallar siempre solución a los asuntos más complicados de la vida.

— Eso se lo resolverá muy bien mi amigo el señor Somers — contestó cuando Skinner le hubo explicado el trance en que se hallaban —. Es persona muy atenta y seguramente les dará un buen camino.

— Ya le conozco — exclamó Beatriz —. Su hija Edith y yo hemos sido compañeras de colegio.

— Pues, nada. Hagan eso y no se hable más del asunto.

Hizo una reverencia a Beatriz, estrechó la mano de Cristóbal y se marchó a la calle. En la escalera se encontró con Jerry Warner.

— Hola, Jerry. ¿Adónde va usted con el semblante tan risueño?

— A ver si encuentro algún negocio en que invertir unos miles de dólares que me ha mandado mi tío.

— Hombre. Nada más sencillo — contestó el almacenista de aceites—. Compre usted acciones de la « Golden Gusher Stock ». Están por las nubes, y al paso que llevan pronto se perderán de vista.

— ¿Y las hay en el mercado? — interrogó Jerry cándidamente.



*Edith escuchaba la conversación tras una ventana*



— Yo puedo cederle a usted diez, de a quinientos dólares, a la par.

— ¿Y por qué se desprende usted de ellas, siendo un papel tan bueno?

— Porque en este momento necesito dinero para una especulación de aceites, amigo mío... Los negocios son los negocios...

El incauto Jerry entregó los cinco mil dólares y se quedó, la mar de satisfecho, con las acciones.

— ¡Ahora sí que mi futuro suegro no dirá que yo no soy hombre de negocios!—pensó.

Y se dirigió, con el corazón henchido de dulces e infundadas ilusiones, hacia casa de su novia.

Cuando llegó, un individuo hacía antesala, dando muestras de la mayor impaciencia. Somers le había mandado llamar y no sabía la causa.

Momentos después de haber llegado Jerry salió el juez, y con voz áspera dijo al que esperaba :

— ¿Cómo es que no ha pagado usted a mi cliente los doce mil dólares convenidos?

— Me robaron la caja, señor juez, y por más esfuerzos que he hecho no he podido reunir más que siete mil...

— Procure usted reunirlos antes de pasado mañana, porque si no me veré en la precisión de mandarle a la cárcel, replicó Somers.

Jerry tenía un corazón de oro. Que por



*La llegada del criado, portador de un telegrama, puso fin al idilio*

cineo mil dólares miserables tuviese un hombre que ir a la cárcel, le parecía muy doloroso. Llamó al pobre hombre y le dijo :

— Si es por esos cinco mil dólares que no puede usted cumplir su compromiso, yo se los puedo dejar.

— ¡Hombre! ¡Si hiciera eso, sería mi salvador y yo le adoraría como si fuese usted un santo!

— No tiene importancia... — contestó, magnánimo, el buen Jerry —. Aquí los tiene usted.



Cogiólos más que de prisa el atribulado deudor y penetró de nuevo en el despacho del juez. Al cabo de un momento, más contento que unas Pascuas, volvió a salir y abandonó la estancia, no sin antes confundirse en muestras de agradecimiento para con su impensado benefactor.

Cuando, unos minutos después, Jerry explicó todo lo ocurrido a Somers, éste estuvo a punto de desternillarse de risa.

— Es usted el más perfecto imbécil que he conocido desde que tengo uso de razón — le dijo —. Ese hombre a quien ha prestado usted los cinco mil dólares es un bandido y un sinvergüenza, y en cuanto a la «Golden Gusher Stock» se trata de una de las estafas más grandes que registra la historia. ¡Váyase, hombre, váyase y no vuelva por aquí! ¡Aviada iba a estar mi hija con un hombre tan tonto!

Warner bajó la cabeza y comprendió que le habían tomado solemnemente el pelo. Sin decir apenas palabra saludó al que ya no se atrevía a considerar como su futuro suegro, y, con el rabo entre piernas, regresó a su casa.

### III

Cuando llegó, en su antesala le esperaban Skinner y su mujer.

— Hemos venido a pedirle, en calidad de amigo y vecino, un favor de mucha importancia — le dijo Beatriz —. El abuelo de mi marido, al saber que nos habíamos casado, le ha suprimido la pensión y vamos a vernos en la mayor miseria. Hemos consultado al señor Somers y éste nos ha dado una idea salvadora: divorciarnos, convencer al abuelo, que llega aquí mañana, y luego volvernos a casar. Pero, para ello, claro, falta que Cristóbal me sorprenda en flagrante delito con alguien... y hemos pensado que este alguien podría ser usted.

— No me parece mal la idea — contestó Jerry —. Pero para ello necesito diez mil dólares y gastos pagados.

— ¡Hombre... — murmuró Skinner, a quien la tarifa parecía un poco cara.

— ¡No importa, no importa! — dijo Beatriz, mientras Jerry sonreía al ver recuperado casi milagrosamente su evaporado capital.



— Nada, nada. Asunto concluido — siguió diciendo Beatriz que, en aquel asunto, llevaba la voz cantante —. Ya sabe usted que mañana, en presencia del abuelo de Cristóbal, ha de comprometerme usted... Un poco nada más, naturalmente, pero lo suficiente para que el viejo quede convencido y se pueda entablar la demanda de divorcio...

Lleno de alegría, Jerry corrió al teléfono y llamó a su adorada Edith.

— Querida mía — le dijo —. Voy a estar unos días sin poderle ver... Estoy muy ocupado en la liquidación de una sociedad y la constitución de otra... Adiós, Edith, y no me olvides...

\* \* \*

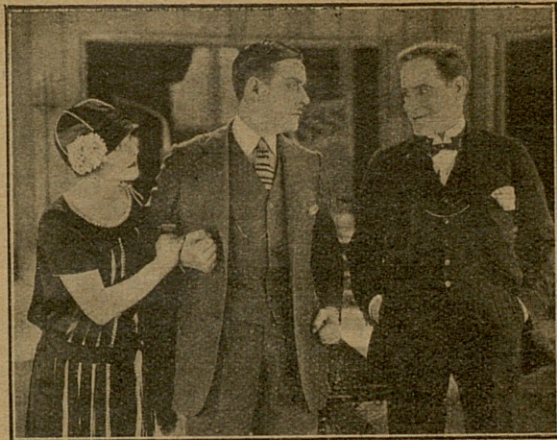
Al día siguiente, Skinner acudió a la estación en busca de su abuelo. Beatriz, así que su marido estuvo fuera, corrió al lado de Warner y le dijo :

— Cristóbal se ha marchado a recibir al viejo. Esta noche mismo ha de procurar usted comprometerme...

Y luego, mimosa como una gatita, añadió sentándose a su lado :

— ¿Qué le parece a usted si empezáramos a ensayar?

— No hagamos bromas — dijo Jerry — que es peligroso jugar con fuego... ¡Bueno! Ahora llaman a la puerta... ¿Quién será?



*Jerry sonreía al ver milagrosamente recuperado su evaporado capital*

Miró por la rejilla y al ver quién era la persona que llamaba estuvo a punto de dar un grito de espanto.

— ¡Beatriz! ¡Es mi novia! ¡Salga usted por la otra puerta, que mi seguridad personal se halla en peligro!

La esposa de Skinner obedeció, y Warner, una vez hubo desaparecido Beatriz, abrió la puerta, dejando el paso franco a su novia.

— ¡Querida mía! ¡Qué a propósito llegas! ¡Precisamente tengo la mar de cosas que contarte! ¡Estoy a punto de combinar un negocio magnífico!



Edith observó que encima de la mesa había un pañolito de señora.

— ¿De quién es ese pañuelo? — preguntó con aire inquisitorial.

— Me... me lo encontré en el pasillo — balbució Jerry al verse descubierto.

— ¿Y esta borla de empolvarse, también te la has encontrado en el pasillo?

— Ya te explicaré... Esta borla es de Beatriz, la mujer de mi amigo Skinner, que ha venido a verme para...

Warner no sabía qué justificación dar a la visita de Skinner y su esposa. Afortunadamente, en aquel momento la pareja irrumpió en la habitación.

— ¡Ya está aquí el viejo! — gritaba Cristóbal, triunfante —. ¡Esta noche cenamos todos en el « Grand Palace »!

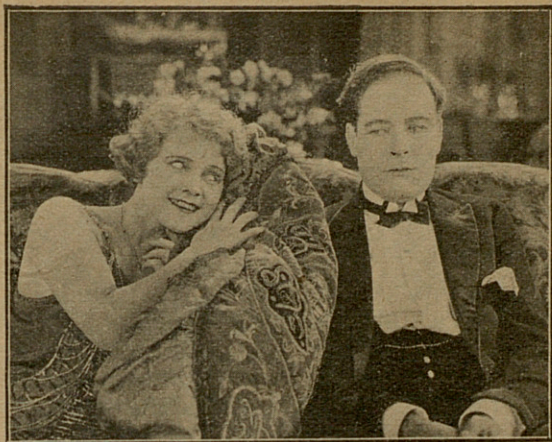
— Sí — interrumpió Jerry —. Es que... vamos a reunirnos con el nuevo Consejo de Administración, ¿sabes, Edith?

Skinner comprendió que había hecho una plancha. Con disimulo llamó aparte a Warner que, seguido de Beatriz, se acercó a él, mientras Edith, que no comprendía nada de aquello, les contemplaba con sorpresa, y le dijo :

— Sobre todo puntualidad, no fuera cosa de que por cualquier tontería se nos echara a perder el plan.

— ¡Oh! No hay miedo. ¡Soy un cronómetro!

Ante la seriedad con que Skinner hablaba, Edith acabó por creer que lo de la nueva



*¿Qué le parece—dijo Beatriz a Warner— si empezáramos a ensayar?*

sociedad era cierto, y así lo contó a su padre cuando llegó a casa.

— ¿Sabes qué podríamos hacer? — contestó Somers —. Ir esta noche al « Grand Palace » a sorprenderles. Así veremos qué clase de gente son sus compañeros de Consejo...

Y mientras Jerry combinaba con Skinner todos los detalles de la proyectada sorpresa en el restaurant, Somers, que no estaba muy seguro que fuese cierto lo de la flamante Sociedad, repetía :

— Me gustará ver qué cara tienen los imbéciles que confían sus capitales a ese idiota.



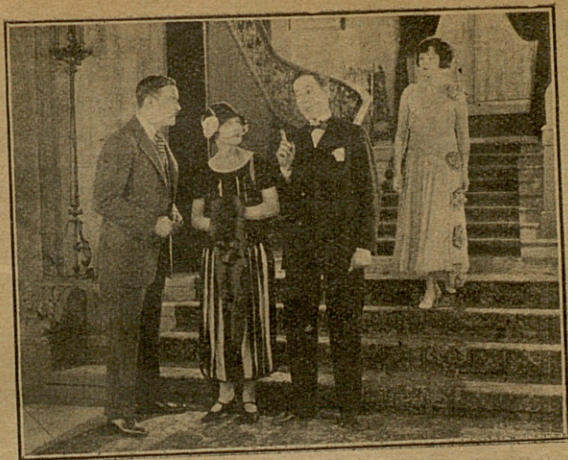
#### IV

A media noche, el salón del « Grand Palace » presentaba un aspecto fantástico y deslumbrante. Luces en abundancia, bailarinas, mujeres escotadas... Era el punto de reunión preferido por la gente cosmopolita de Nueva York y se hallaba siempre concurridísimo.

Jerry y Beatriz ocupaban, desde primeras horas de la noche, un gabinete reservado en el que habían cenado copiosamente y esperaban a Skinner que debía llegar, como estaba convenido, acompañado de su abuelo.

Cerca de las doce y cuarto llegó Skinner con un nuevo personaje de barba de chivo. Era, indudablemente, el abuelo. Le dolían horriblemente los pies y en el coche se había quitado los zapatos para estar a sus anchas. Pero, distraído con la idea de sorprender infraganti a su nuera, el buen hombre olvidó volvérselos a poner y penetró descalzo en el restaurant.

— Perdóneme, caballero — dijo un camarero —, pero aquí está prohibido bailar descalzo...



*¡Oh! ¡no hay miedo!—dijo Jerry—¡Soy un cronometro!*

Los dos individuos tomaron asiento ante una mesa. Miraron por todas partes, sin descubrir a los presuntos culpables que, ocultos tras las cortinas del gabinete donde cenaban, tampoco les vieron.

Pocos minutos después, el señor Somers y Edith penetraban en el salón y pasaban por delante de la puerta del reservado. Al reconocerles tras la cortina, Jerry palideció como si se le hubiese helado la sangre.

— ¡Mi novia! — exclamó —. ¡Ahora sí que la he hecho buena! Señora : ya me dispensará que la deje sola un momento, pero tengo que justificarme...



Por delante de ellos pasaban a cada momento los camareros que iban a atender a los parroquianos. Jerry, cuyo talento de improvisación era extraordinario, situóse en la puerta. Agarró por el cuello sucesivamente a uno, dos, tres, cuatro, cinco mozos... y los hizo entrar a viva fuerza en el reservado.

— ¡Vengan ustedes conmigo! — les dijo —. ¡Necesito su ayuda!

Beatriz, temiendo con motivo que Jerry se hubiese vuelto loco, ocultóse bajo la mesa.

Cuando Warner hubo ya cazado el Consejo de Administración de la nueva Sociedad que había inventado, salió con los camareros, sentóse ante una mesa, les obligó a hacer lo propio y les improvisó un discurso del que ellos no entendieron ni media palabra, pero que sirvió para que Edith y su padre quedasen convencidos de que el muchacho era un excelente hombre de negocios...

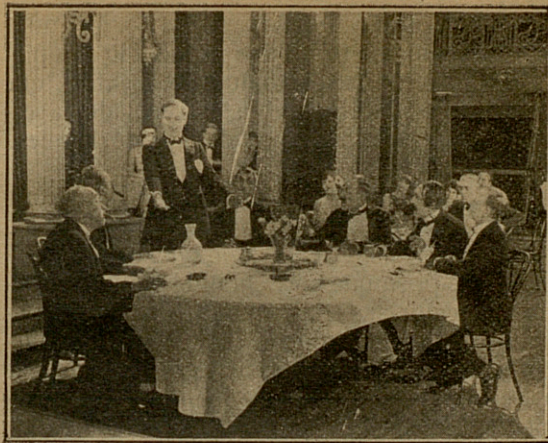
Entretanto Skinner se enteraba, por un camarero, del número del reservado en que se hallaba su *adúltera* esposa.

— ¡Vamos allá, abuelo! ¡Es verdad que mi mujer está con otro individuo! ¡Ya verá usted cómo les ponemos las peras a cuarto!

Y ambos personajes irrumpieron en el reservado.

— ¡Pérfida! ¡Infame! ¡Mala mujer! — gritaba Skinner.

Pero, con la sorpresa que pueden imaginarse nuestros lectores, abuelo y nieto se encontra-



*Jerry improvisó un discurso ante los camareros, que no le entendieron ni media palabra...*

ron con otra pareja que no tenía nada que ver con la que buscaban.

Eran dos amantes, de conducta algo sospechosa, que traficaban en cocaína y tenían establecido allí su cuartel general. Ignorando que Beatriz se hallaba bajo la mesa y viendo libre el cuartito, lo habían ocupado.

— Perdonen ustedes... — murmuró Skinner —. Nos hemos equivocado...

En aquel momento oyéronse pitos y gritos de alarma en el salón. La policía había entrado allí en busca de unos traficantes de productos tóxicos. La mujer, que era portadora de un frasquito de cocaína, lo deslizó en el bolsillo



del abuelo de Cristóbal y echó a correr junto con su compañero. Skinner hizo lo propio.

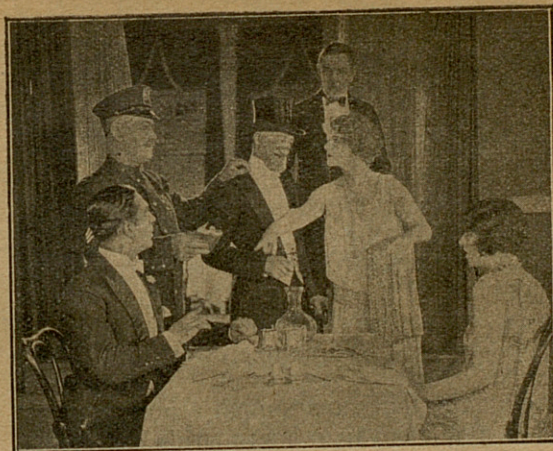
El abuelo había quedado solo. Beatriz, que desde su escondrijo había presenciado la escena, sacó la cabeza por debajo de la mesa y le dijo :

— ¡En el bolsillo izquierdo de su americana le han puesto a usted un frasco de cocaína para comprometerle! ¡Tírelo al suelo!

Más de prisa que corriendo, el viejo se apresuró a seguir sus indicaciones. Cuando la policía se hubo retirado sin hallar en el establecimiento nada de particular, dió las gracias a Beatriz, cuya verdadera identidad, naturalmente, desconocía.

— Muchísimas gracias, señorita, por haberme sacado de este lío...

Y corrió en busca de su nieto para regresar a casa y buscar un poco de reposo, que buena falta le hacía después de tantas emociones.



*Beatriz sinceróse ante el agente de la autoridad...*

## V

Cuando Jerry volvió a su casa, hallóse sentada sobre un diván a Beatriz que le esperaba hacía rato.

— Nos ha fallado el primer golpe, Jerry — le dijo —. Afortunadamente ya hemos quedado con mi marido que dentro de poco volverá con su abuelo a sorprendernos. Es cuestión de que procuremos representar bien nuestro papel...

Una voz, que Warner conocía bien, resonó en una habitación cercana.



— ¡Ah, pícaro! ¿Conque te traes las amiguitas a tu propia casa? ¡Miren, miren el mosquita muerta de mi sobrino!

Era el tío Bellanny, que no creyendo muy seguros sus diez mil dólares, había acudido en busca de Jerry. Sonreía afablemente y contemplaba a la muchacha con una curiosidad no exenta de concupiscencia.

En la puerta resonaron dos porrazos formidables.

— ¡Infame! ¡Mala mujer! — rugía la voz de Skinner —. ¡Ya sé que estás aquí con mi amigo Jerry!

Bellanny tenía una simpatía innata por las mujeres que engañan a su marido, y además quería mucho a su sobrino.

— ¡Dejarme para mí a ese cornudo! — dijo dirigiéndose hacia la puerta —. ¡Ya veréis qué lección le doy!

Y cogiendo a Beatriz en brazos, la trasladó a otra habitación, cerró con llave y volvió al lado de Jerry. ¡Era tiempo! El abuelo de Skinner, que era hombre de armas tomar, había hecho astillas la parte baja de la puerta y por ella se introducía, seguido de su nieto.

Pero Bellanny no era hombre que se dejase acobardar.

— ¿Qué vienen a hacer ustedes aquí? — preguntó con voz tonante —. ¿No ven que no hay nadie? ¡Lárguense o de un puñetazo les rompo el alma!

Cristóbal y su abuelo, con el rabo entre



*¡Dejadme para mí a ese cornudo!—exclamó el tío Bellanny*

piernas, abandonaron la estancia. Beatriz, entretanto, había logrado abrir la puerta del cuarto en que Bellanny la había dejado y volvía al lado de Jerry.

— Voy a ver si aquella gente se largan de verdad — dijo Bellanny —. Me temo que os darán otro disgusto.

Apenas había salido el tío de Jerry, Beatriz se sentó a su lado, mimosa y acariciadora, y le dijo:

— Jerry, siento una impaciencia loca por llegar a representar la escena del adulterio con un poco de verismo...



Por entre la astillada puerta penetró la cabeza de Skinner :

— ¡Suprimid la escena! — gritó —. ¡El viejo no está aquí!

No sin gran trabajo, Cristóbal logró entrar en la habitación.

— ¿Qué hacías con Jerry? — exclamó dirigiéndose a su mujer, en el colmo de la indignación.

— Ensayábamos la escena, Cristóbal... ¿Que tienes celos?

Jerry, que se había sentado en una silla, se reía como un loco.

— ¡A ver si esto degenera en tragedia! — dijo — ¡Acaba de una vez, Skinner, porque ya me va dando la lata tanta sorpresa frustrada! Vamos al cuarto de al lado y sorpréndanos definitivamente.

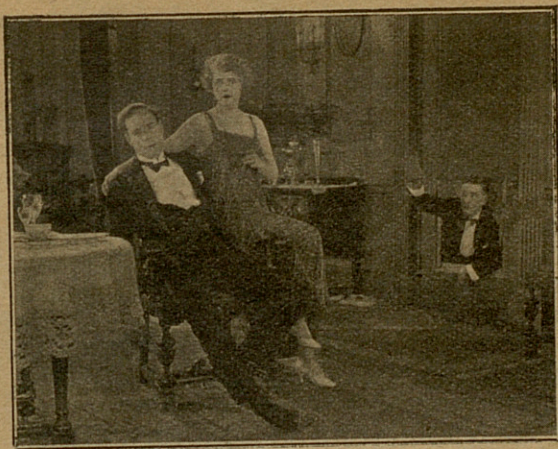
— Allá voy — dijo Cristóbal saliendo en busca de su abuelo.

Momentos después, la culpable pareja repetía la escena en el otro cuarto. Pero el tío Bellanny velaba.

— ¡Os van a sorprender de nuevo, imbéciles! — les dijo —. ¡Si no estuviera yo acababais siendo protagonistas de un suceso espeluznante!

Y volviendo a coger en brazos a Beatriz, la escondió en otra habitación.

— ¿No ves que estamos en el mismo sitio, imbécil? — gritó el abuelo de Skinner —. ¡Oh! ¡Y delante de aquel tipo tan mal carado!



*¡Suprimid la escena!, gritó Skinner. ¡Mi tío no está aquí!*

Bellanny, al verles, simuló la mayor indignación.

— ¿Otra vez aquí? — rugió —. ¡Si no se marchan en seguida llamo a la policía y les hago detener por allanamiento de morada!

— Abuelito — dijo entonces Cristóbal —, estamos haciendo una de planchas que cualquier artista de circo nos envidiaría... Yo creo que nos la están dando con queso... Quedémonos aquí, porque estoy seguro que esa mala mujer no se halla muy lejos...



## VI

El tío de Jerry, cuando creyó tener la seguridad de que los perseguidores de su sobrino no volverían, decidió retirarse a descansar, dejando de nuevo a Jerry con Beatriz.

— Pero tened mucho cuidado, ¿eh? — les dijo —. ¡No sea cosa que os descubran de nuevo!

Beatriz, a quien hacía rato que el champaña ingerido en el « Grand Palace » había hecho efecto, dejóse caer sobre el diván.

— Venga usted a mi lado, Jerry — suplicó —. Hemos de estar preparados para repetir la escena, por si se presenta el caso...

— ¿Otra vez? — contestó Warner —. ¡Esto es el cuento de nunca acabar!

— Podríamos ilustrar la escena con algunas palabras, por si nos oyen desde fuera — ideó la esposa de Skinner —. ¿Qué le parece? ¿Vamos a probar?

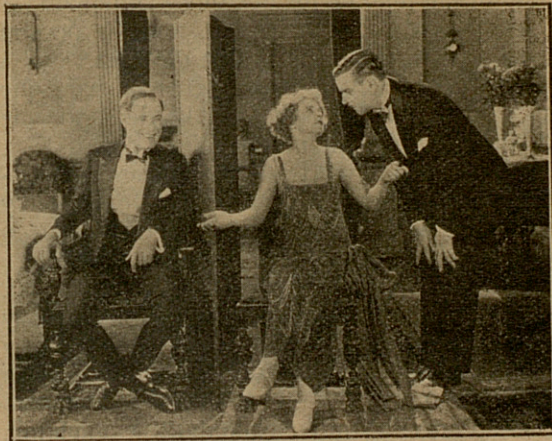
— Bueno.

Y empezó la comedia. Jerry declamaba :

— ¡A mi novia nunca la he querido! ¡Es una niña cursi! ¡A quien amo con todo el fuego de cien volcanes es a usted, reina!

Y Beatriz, con dulces inflexiones, suspiraba:

— ¿Y yo, cree usted que he querido nunca a ese adefesio de mi marido? ¡Al único que amo con apasionamiento es a usted!



*¿Qué hacías con Jerry? interrogó Cristóbal a su mujer en el colmo de la indignación, mientras aquel se reía como un loco*

Casi en su misma espalda oyéronse en aquel instante dos voces bien diferentes.

— ¿Conque yo soy una niña cursi?

— ¿Conque yo soy un adefesio?

Eran Edith Somers y Cristóbal Skinner. La primera que había huído de su casa dispuesta a casarse con Jerry, fuese como fuese, y el segundo que buscaba a Warner y a Beatriz para avisarles que iba a llegar con su abuelo de un momento a otro.

— Querida Edith, permite que te explique...

— Querido Cristóbal, déjame que te cuente...



Pero ninguno de los dos quiso escuchar.

— ¡Yo me vuelvo a casa, a pedir perdón a mi padre! — sollozó la hija del juez.

— ¡Y yo la sigo a usted, señorita, para que su padre entable de veras la demanda de divorcio contra mi mujer!

Y ambos personajes desaparecieron sin escuchar a sus respectivos interlocutores. Jerry salió tras de ellos y Beatriz quedó sola en el cuarto.

En aquel momento, el abuelo de Cristóbal, que le andaba buscando por todas partes y no le encontraba, entró en la habitación y reconoció en la muchacha a su salvadora del restaurant.

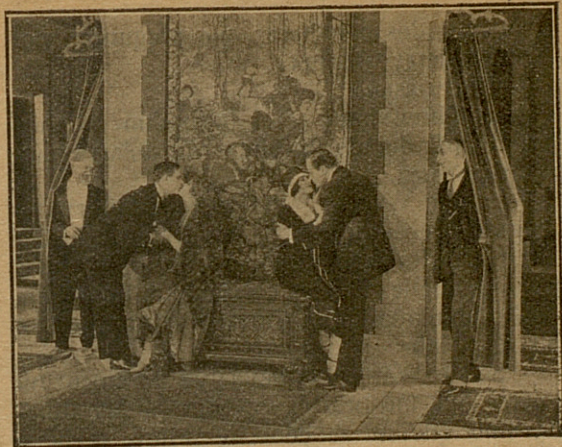
— ¡Caramba, qué casualidad! — exclamó. Usted es quien evitó que me detuvieran en el «Grand Palace». ¿Por qué llora usted?

— Porque el abuelo de mi marido, de mi Cristóbal, es un viejo chiflado y le obliga a divorciarse.

— El viejo chiflado — repuso el abuelo — soy yo. ¡Si yo me hubiera podido figurar que la mujer de mi nieto era una muchacha tan hermosa y tan buena, cómo quería usted que le obligara a divorciarse! ¡Es verdad que su abuelo de usted y yo nos declaramos enemigos irreconciliables una vez que él me birló un destino; pero ya hace cuarenta años de eso, y lo pasado, pasado!...

Calló un momento y luego preguntó:

— ¿Y dónde está ahora Cristóbal?



*Las dos parejas se arrullaban tiernamente...*

— Ha ido a casa del juez para pedir el divorcio...

— ¡Pues vamos allá!

Cuando llegaron a casa de Somers, allí estaban Jerry, Skinner y Edith discutiendo acaloradamente.

— ¡Si no dice usted la verdad, Skinner — gritaba Warner — me van a oír hasta los sordos!

Beatriz fué la que se cuidó de deshacer el enredo.

— Todo ha sido una comedia, querida Edith. El abuelo de mi marido quería que nos divorciáramos, pero ahora ya nos hemos reconciliado.

Un criado interrumpió la escena.



— Hay dos caballeros que preguntan por el señor Jerry Warner.

— Que pasen.

Eran Shrewsbury y el individuo a quien Jerry había dejado los cinco mil dólares para pagar al juez.

— Señor Warner — dijo Shrewsbury — vengo a decirle que lo de la «Golden Gusher Oil» ha resultado un negocio maravilloso y las acciones que le vendí se cotizan a mil por cien.

El acompañante de Shrewsbury tomó a su vez la palabra :

— Señor Warner, le devuelvo los cinco mil dólares que me prestó. La caja no fué robada, sino que mi tenedor de libros se llevó el dinero a su casa para hacer el arqueó...

— ¡Gracias a Dios que todo ha terminado y ha terminado bien! — dijo Jerry —. ¡Si dura un poco más, creo que me hubiese vuelto loco!

Los circunstantes creyeron prudente dejar solas a las dos parejas. El abuelo de Cristóbal entró en el despacho del juez y empezaron a hacer comentarios sobre lo ocurrido.

Así estuvieron más de media hora. De pronto Somers, que era un buen hombre, dijo :

— ¿Y dónde estarán las dos parejas de tortolitos? ¿Vamos a ver si damos con ellos?

Salieron al vestíbulo y, corriendo las cortinas, espionaron... Sentadas sobre un arca Jerry y Beatriz, dándose la espalda, arrullaban tiernamente a sus respectivos enamorados...



1000

## DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

Precio de este interesantísimo libro : **UNA PESETA**

---

## BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

### TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.  
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.  
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.  
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.  
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.  
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.  
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.  
SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.  
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.  
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.  
DESOLACIÓN por George O' Brien.  
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.  
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.

PRECIO DE CADA TOMO : **60** CÉNTIMOS